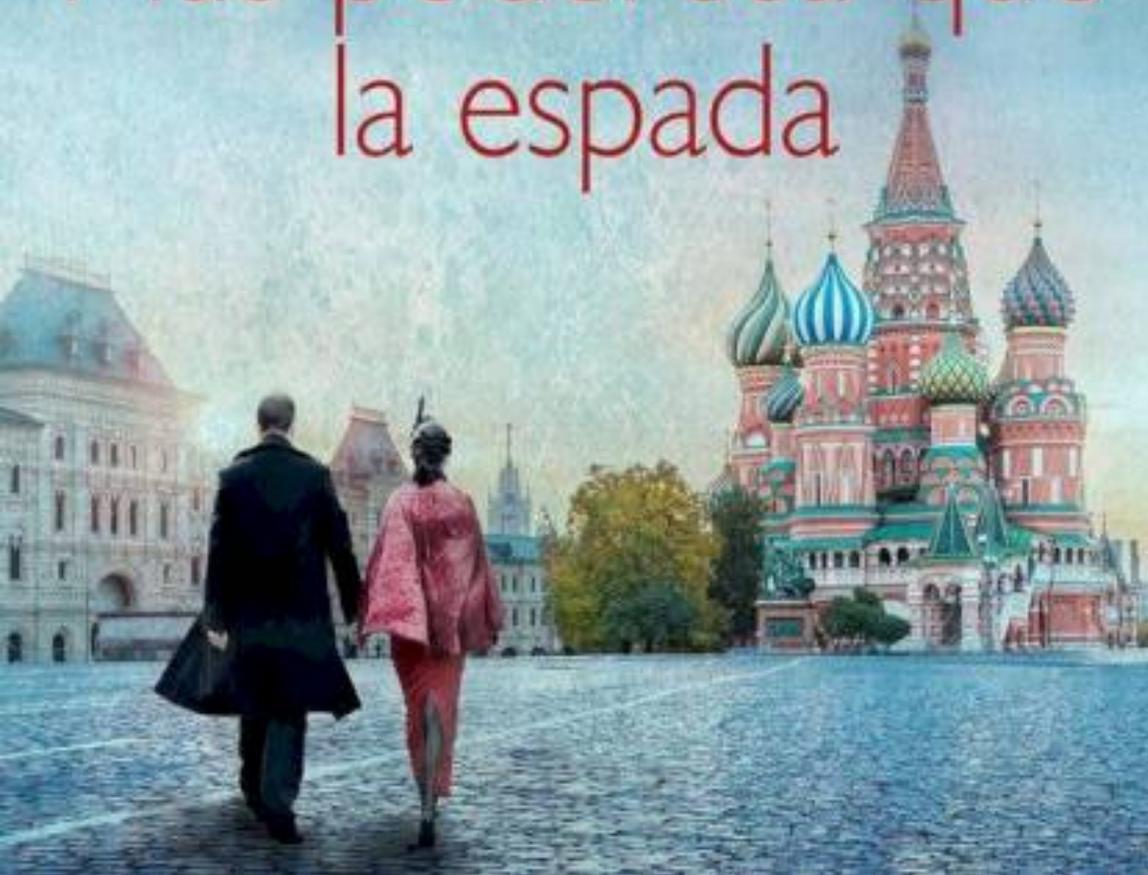


*Las crónicas de Clifton*

# Jeffrey Archer

Más poderosa que  
la espada



*Más poderosa que la espada* empieza con un atentado del IRA durante el viaje de inauguración de: MV Buckingham a través del atlántico. ¿Cuántos pasajeros han perdido la vida? Cuando Harry Clifton visita a su editor en Nueva York, se entera de que lo han nombrado presidente de la rama inglesa de la asociación internacional de escritores PEN. De inmediato promueve una campaña para conseguir la liberación de un colega autor, Anatoly Babakov, prisionero en Siberia. ¿Qué crimen ha cometido Babakov? Escribir un libro llamado «Tío Joe», una visión devastadora de lo que suponía trabajar para Stalin. Harry Clifton está tan resuelto a ver libre a Babakov y a ver su obra publicada, que llegará a poner su vida en peligro.

Emma, esposa de Harry y presidenta de la Compañía Naviera Barrington, se enfrenta a las consecuencias del ataque de IRA al transatlántico *Buckingham*. Algunos miembros del consejo de administración creen que debería dimitir. Lady Virginia Fenwick no se detendrá ante nada hasta provocar la caída de Emma.

Sir Giles Barrington ahora es Ministro de la Corona Inglesa. Sus ambiciones apuntan aún más alto, al menos hasta que un viaje oficial a Berlín acaba en algo muy distinto a un éxito diplomático. Una vez más, a carrera política de Berlín se tambalea por culpa de su viejo adversario, el comandante Alex Fisher, quien vuelve a enfrentarse a él en unas elecciones. ¿Quién ganará esta vez?

Sebastian, el hijo de Harry y Emma, empieza a ganar notoriedad en el Banco Farthing de Londres. Acaba de pedir matrimonio a la joven y hermosa americana Samantha. Sin embargo, el despreciable Adrian Sloane, un hombre que solo se preocupa por sus propios intereses y por ver arrui-

nado a Sebastian, no se detendrá ante nada para destroz-  
zar a su rival.

*Para Harry*

*Mi sincero agradecimiento a las siguientes personas por sus valiosísimos consejos y su inestimable ayuda con la investigación: Simon Bainbridge, Alan Card, el catedrático Ken Howard, miembro de la Real Academia de Bellas Artes, Alisan Prince, Calherine Richards, Mari Roberts, el doctor Nick Robins y Susan Watt.*

## PROLOGO

*Octubre de 1964*

Brendan no llamó a la puerta; se limitó a girar el pomo y se coló dentro, echando un vistazo a su espalda para asegurarse de que nadie lo había visto. No quería tener que explicar qué hacía un joven de segunda en el camarote de un anciano a esa hora de la noche. Claro que nadie habría dicho nada tampoco.

–¿Hay alguna posibilidad de que nos interrumpan? – preguntó en cuanto cerró la puerta.

–No nos perturbará nadie hasta las siete de la mañana y para entonces ya no quedará nada que perturbar.

–Bien –contestó Brendan. Se tiró al suelo de rodillas, abrió la cerradura del enorme baúl, levantó la tapa y estudió la compleja maquinaria que había tardado un mes en construir. Pasó la siguiente media hora comprobando que no había cables sueltos, que todas las ruedas estaban en la posición correcta y que el reloj se ponía en marcha al pulsar un interruptor. No se levantó del suelo hasta que estuvo convencido de que todo funcionaba perfectamente—. Está listo –dijo—. ¿A qué hora quiere que lo ponga?

–A las tres de la madrugada. Y necesito otros treinta minutos para quitarme todo esto –añadió Glenarthur, tocándose la papada– y que me quede tiempo para irme a mi otro camarote.

Brendan volvió a acercarse al baúl y puso el temporizador a las tres de la mañana.

–Lo único que tiene que hacer es pulsar el interruptor justo antes de marcharse y asegurarse de que el segundero se mueve.

–¿Qué puede salir mal?

–Si los lirios siguen en el camarote, nada. No sobrevivirá nadie de este pasillo y probablemente nadie de la cubierta inferior. Hay tres kilos de dinamita embutidos en el tiesto, debajo de las flores; mucho más de lo que necesitamos, pero así nos aseguramos de cobrar.

–¿Tienes mi llave?

–Sí –dijo Brendan–. Camarote 706. Encontrará el nuevo pasaporte y el pasaje debajo de la almohada.

–¿Algo más que deba preocuparme?

–No. Solo asegúrese de que el segundero se mueve antes de marcharse.

Doherty sonrió.

–Nos vemos en Belfast.

Harry abrió el camarote con la llave y se apartó para que Emma pasara primero.

–Estoy agotada –dijo ella–. No sé cómo se las arregla la reina madre para llevar ese ritmo todos los días –añadió, inclinándose a oler los lirios que Su Majestad les había enviado para celebrar la botadura del *Buckingham*.

–Es su trabajo, y lo hace bien, pero apuesto a que también ella acabaría agotada si probara a ser presidenta de Barrington Shipping unos días.

–Aun así, prefiero mi trabajo al suyo –espetó Emma, quitándose el vestido y colgándolo en el armario antes de meterse en el baño.

Harry leyó una vez más la tarjeta de su alteza real la reina madre. ¡Qué mensaje tan personal! Emma había decidido que pondría el jarrón en su despacho cuando volvieran a Bristol y lo llenaría de lirios todos los lunes por la mañana. Sonrió. ¿Y por qué no?

Cuando salió del baño, entró Harry y cerró la puerta. Ella se quitó la bata y se metió en la cama, demasiado cansada para pensar siquiera en leer unas páginas de *El espía que surgió del frío*, de un autor nuevo que Harry le había recomendado. Apagó la lamparita de la mesilla y dijo: «Buenas noches, cariño», aun sabiendo que no la oiría.

Al salir, Harry se la encontró profundamente dormida. La arropó como si fuera una niña, le besó la frente y le susurró: «Buenas noches, cariño»; luego se metió en la cama, divertido por su suave ronronear. Jamás se habría atrevido a insinuarle que roncaba.

Estuvo despierto un rato, orgullosísimo de ella. La botadura del nuevo transatlántico no podría haber ido mejor. Se puso de lado, convencido de que se quedaría tras-puesto en cuestión de segundos, pero, aunque se le cerraban los ojos y estaba exhausto, no conseguía dormirse. Algo no iba bien.

Otro hombre, a salvo ya en un camarote de segunda, estaba despierto también, claro que, aunque fueran las tres de la madrugada y hubiera cumplido su cometido, no pretendía dormir. Estaba a punto de salir a trabajar.

Siempre la misma angustia cuando había que esperar. ¿Se habría dejado alguna pista que lo señalara directamente? ¿Habría cometido algún error que hiciera fracasar la operación y lo convirtiera en un hazmerreír en su tierra? No se tranquilizaría hasta que se viera en un bote salvavidas o, mejor aún, en otro barco rumbo a otro puerto.

Cinco minutos y catorce segundos...

Sabía que sus compatriotas, soldados de la misma causa, estarían tan nerviosos como él. La espera siempre era la peor parte: no la controlabas, no podías hacer nada.

Cuatro minutos y once segundos...

Peor que cuando en un partido de fútbol vas ganando uno a cero pero sabes que el otro equipo es más fuerte y

perfectamente capaz de marcar en el tiempo de descuento. Recordó las instrucciones de su comandante de zona: «Cuando suene la alarma, procurad ser de los primeros en llegar a cubierta y de los primeros en subir a los salvavidas, porque mañana a esta hora andarán buscando a cualquiera de menos de treinta y cinco años con acento irlandés, así que no abráis la boca, chicos».

Tres minutos y cuarenta segundos..., treinta y nueve...

Miró fijamente la puerta del camarote e imaginó lo peor que podía ocurrir: que la bomba no estallara, se abriera de golpe la puerta e irrumpiera una decena de policías rudos, quizá más, soltando porrazos a diestro y siniestro sin preocuparse de cuántas veces le dieran. Pero lo único que oía era el golpeteo rítmico del motor mientras el *Buckingham* cruzaba sereno el Atlántico rumbo a Nueva York, una ciudad a la que jamás llegaría.

Dos minutos y treinta y cuatro segundos..., treinta y tres...

Empezó a imaginar cómo sería estar de vuelta en Falls Road. Los chiquillos en pantalón corto lo mirarían sobrecogidos al cruzárselo por la calle, con la única ambición de parecerse de mayores a él, el héroe que había volado el *Buckingham* solo unas semanas después de que lo bautizara la reina madre. Sin mencionar la pérdida de vidas inocentes; no hay vidas inocentes cuando crees en una causa. De hecho, jamás conocería a los pasajeros de las cubiertas superiores. Sabría de ellos por los periódicos del día siguiente y, si había hecho bien su trabajo, nadie lo mencionaría a él.

Un minuto y veintidós segundos..., veintiuno...

¿Qué podía salir mal ya? ¿Le fallaría en el último momento aquel artefacto, construido en uno de los dormitorios de la planta superior de la finca de Dungannon? ¿Estaría a punto de sufrir el silencio del fracaso?

Sesenta segundos...

Empezó a susurrar la cuenta atrás.

—Cincuenta y nueve, cincuenta y ocho, cincuenta y siete, cincuenta y seis... —¿Lo habría estado esperando el borracho desparramado en el sillón del salón? ¿Irían ahora camino de su camarote?—. Cuarenta y nueve, cuarenta y ocho, cuarenta y siete, cuarenta y seis... —¿Se habrían deshecho de los lirios y los habrían cambiado por otros? Igual la señora Clifton era alérgica al polen...—. Treinta y nueve, treinta y ocho, treinta y siete, treinta y seis... —¿Habrían entrado en el camarote de lord Glenarthur y encontrado el baúl?—. Veintinueve, veintiocho, veintisiete, veintiséis... —¿Andarían ya registrando el barco en busca del hombre que había salido del lavabo del salón de primera?—. Diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciséis... —¿Habrían...? Se aferró al borde del catre, cerró los ojos y empezó a contar en voz alta—. Nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Dejó de contar y abrió los ojos. Nada. Solo el espeluznante silencio que acompaña al fracaso. Agachó la cabeza y rezó a un dios en el que no creía, e inmediatamente después se oyó una explosión tan brutal que lo estampó contra la pared del camarote como si fuera una hoja en una tormenta. Se levantó con dificultad y sonrió al oír los gritos. No pudo más que preguntarse cuántos pasajeros de la cubierta superior podrían haberse salvado.

# **HARRY Y EMMA**

1964-1965

## 1

—**S**u alteza real —masculló Harry, saliendo de su adormecimiento. Se incorporó de pronto y encendió la lamparita de la mesilla; luego bajó de la cama y se acercó de prisa al jarrón de lirios. Leyó la nota de la reina madre por segunda vez. «Gracias por un día memorable en Bristol. Confío en que mi segundo hogar disfrute de una satisfactoria travesía inaugural». Lo firmaba su alteza real Isabel, la reina madre—. ¡Qué error más tonto! —dijo—. ¿Cómo se me ha podido escapar?

Agarró la bata y encendió las luces del camarote.

—¿Ya es hora de levantarse? —preguntó una voz soñolienta.

—Sí —contestó él—. Tenemos un problema.

Emma escudriñó el reloj de la mesilla con los ojos medio cerrados.

—Pero si no son más que las tres —protestó, mirando a su marido, que estudiaba el ramo de lirios—. ¿Qué problema hay?

—Que la reina madre no es su alteza real.

—Eso lo sabe todo el mundo —contestó ella, aún medio dormida.

—Todo el mundo menos la persona que ha mandado estas flores. ¿Por qué esa persona no sabía que la reina madre es su majestad y no su alteza real? Así es como se llama a las princesas. —Emma salió a regañadientes de la cama, se acercó descalza a su marido y examinó la tarjeta ella misma—. Dile al capitán que se reúna con nosotros de inmediato —le ordenó Harry—. Hay que averiguar qué contiene este jarrón —añadió, acuclillándose para examinarlo de cerca.

–Será agua –respondió Emma, alargando la mano.

Harry la retuvo por la muñeca.

–Fíjate bien, cariño: el jarrón es demasiado grande para algo tan delicado como una docena de lirios. Llama al capitán –repitió, con mayor premura esa vez.

–Pero a lo mejor ha sido un error de la florista...

–Eso espero –dijo Harry, dirigiéndose a la puerta–, pero no podemos correr ese riesgo.

–¿Adónde vas? –le preguntó ella mientras levantaba el auricular del teléfono.

–A despertar a Giles. Él sabe más de explosivos que yo. Pasó dos años de su vida plantándolos a los pies de las tropas alemanas.

Al salir al pasillo, le llamó la atención un anciano que se dirigía a la escalinata. Le pareció que se movía demasiado rápido para su edad. Llamó con firmeza a la puerta del camarote de Giles, pero tuvo que aporrearla por segunda vez para que una voz soñolienta le dijera:

–¿Quién es?

–¡Harry! –contestó con urgencia.

Giles bajo de un salto de la cama y abrió enseguida.

–¿Qué pasa?

–Ven conmigo –le ordenó Harry sin más explicaciones.

Su cuñado se puso la bata y lo siguió por el pasillo hasta el camarote.

–Buenos días, hermana –saludó a Emma mientras Harry le pasaba la tarjeta.

–Su alteza real.

–Ya... –contestó Giles después de estudiarla–. Estas flores no las ha podido mandar la reina madre. Pero, si no ha sido ella, ¿quién? –Se agachó y estudió detenidamente el jarrón–. El que las haya enviado podría haber metido ahí una buena cantidad de Semtex.

–O un litro de agua –repuso Emma–. ¿Seguro que no os estáis preocupando innecesariamente?

–Si es agua, ¿cómo es que ya se están marchitando las flores? –preguntó Giles al tiempo que el capitán Turnbull llamaba a la puerta antes de entrar en el camarote.

–¿Quería verme, presidenta?

Emma empezó a explicarle por qué su marido y su hermano estaban de rodillas en el suelo.

–Hay cuatro oficiales del SAS a bordo –la interrumpió el capitán–. Uno de ellos debería poder resolverle al señor Clifton cualquier duda.

–Supongo que no viajan con nosotros por casualidad –terció Giles–. Dudo mucho que hayan decidido irse todos de vacaciones a Nueva York a la vez.

–Han embarcado a petición del secretario del gabinete –respondió el capitán–, pero *sir* Alan Redmayne me ha asegurado que se trataba únicamente de una medida de precaución.

–Como de costumbre, ese hombre sabe algo que nosotros no –dijo Harry.

–Pues a lo mejor va siendo hora de que nos enteremos.

El capitán salió del camarote y enfiló aprisa el pasillo, deteniéndose únicamente al llegar al camarote 119. El coronel Scott-Hopkins abrió la puerta mucho más rápido de lo que lo había hecho Giles hacía unos minutos.

–¿Cuenta con algún artificiero en su equipo?

–El sargento Roberts. Estuvo con los artificieros en Palestina.

–Lo necesito de inmediato en el camarote de la presidenta.

El coronel no perdió el tiempo pidiendo explicaciones. Salió corriendo por el pasillo y, cuando llegaba a la escalinata, vio que el capitán Hartley se dirigía a toda velocidad hacia él.

–Acabo de ver a Liam Doherty saliendo del lavabo del salón de primera.

–¿Está seguro?

—Sí. Ha entrado disfrazado de aristócrata y ha salido, veinte minutos después, vestido de Liam Doherty; luego ha bajado a segunda.

—Eso lo explicaría todo —dijo Scott-Hopkins mientras seguía bajando la escalera seguido de cerca por Hartley—. ¿En qué camarote está Roberts? —preguntó a la carrera.

—En el 742 —contestó Hartley mientras saltaban por encima del cordón rojo a la otra escalera, más estrecha. No pararon hasta llegar a la cubierta siete, donde el cabo Crann salió de entre las sombras.

—¿Se ha topado con Doherty en los últimos minutos?

—¡Maldita sea! —exclamó Crann—. Ya me parecía a mí que era a ese desgraciado al que había visto pavoneándose por Falls Road. Ha entrado en el 706.

—Hartley —dijo el coronel al tiempo que echaba a correr por el pasillo—, usted y Crann no pierdan de vista a Doherty. Asegúrense de que no sale del camarote. Si lo hace, deténganlo. —Aporreó la puerta del 742. Al sargento Roberts no le hizo falta que llamara una segunda vez: abrió en cuestión de segundos y saludó al coronel con un «Buenos días, señor», como si su superior acostumbrara a despertarlo en plena noche, y en pijama.

—Agarre sus herramientas, Roberts, y sígame. No podemos perder ni un segundo —le dijo el coronel, de nuevo a la carrera.

Roberts tardó tres descansillos en dar alcance a su comandante. Cuando llegaron a la cubierta de primera, Roberts supo enseguida cuál de sus aptitudes precisaba el coronel. Entró en el camarote de la presidenta y examinó el jarrón un segundo antes de empezar a rodearlo despacio.

—Si es una bomba —dijo por fin—, es de las grandes. No puedo ni calcular el número de vidas que se perderán si no desactivamos este monstruo.

—Pero ¿podrá hacerlo? —preguntó el capitán con una calma asombrosa—. Porque, si no puede, yo debo pensar

ante todo en las vidas de mis pasajeros. No quiero que este viaje se compare con otra travesía inaugural desastrosa.

—No puedo hacer absolutamente nada si no consigo acceso al panel de control. Tiene que estar en alguna parte del barco —dijo Roberts—, probablemente bastante cerca.

—Yo apostaría por el camarote de su señoría —terció el coronel—, porque ahora sabemos que lo ocupaba un terrorista del IRA llamado Liam Doherty.

—¿Sabe alguien en cuál estaba? —preguntó el capitán.

—En el tres —contestó Harry, recordando a aquel anciano que se movía demasiado rápido para su edad—, en este mismo pasillo.

El capitán y el sargento salieron corriendo al pasillo, seguidos de Scott-Hopkins, Harry y Giles. El capitán abrió el camarote con la llave maestra, se apartó y dejó entrar a Roberts. El sargento se acercó enseguida a un baúl grande que había en el centro de la estancia. Levantó con cuidado la tapa y se asomó adentro.

—¡Dios, va a estallar en ocho minutos y treinta y nueve segundos!

—¿No puede desconectar uno de esos? —preguntó Turnbull, señalando un puñado de cables de distintos colores.

—Sí, pero ¿cuál? —contestó Roberts sin mirarlo mientras separaba con cautela el rojo, el negro, el azul y el amarillo—. He desactivado muchos como este: siempre es una posibilidad entre cuatro y no estoy dispuesto a correr ese riesgo. Me lo pensaría si estuviera solo en medio del desierto —añadió—, pero no en un barco en medio del océano con cientos de vidas en peligro.

—Pues subamos a Doherty aquí de inmediato —propuso Turnbull—. Él sabrá qué cable cortar.

—Lo dudo —terció Roberts—, porque sospecho que Doherty no es el que ha montado la bomba. Tendrán a un especialista a bordo, y a saber dónde anda.